

El Eco del Pueblo

Semanario Obrero

SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCION Y ADMINISTRACION

DUQUE DE OSUNA, NÚM. 3, BAJO

TELEFONO 13-46

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

NÚMERO SUELTO: 5 céntimos

SUMARIO

En la muerte del Cardenal Guisasola: In memoriam. El Cardenal Primado.—Deberes de los católicos: Del enemigo el consejo.—Sueños o realidades?: Lo inevitable.—Misión social católica: En Cáceres.—Del coco sindicalista.—El bolchevismo por dentro: En la Rusia de los creyentes.—La cooperación agrícola en Inglaterra.—Cobardías.—Mesa revuelta.

SUSCRIPCION

España (para obreros), un año... 3 pesetas.
— (para los no obreros)... 6 —
Extranjero Idem... 6 francos.

ANUNCIOS: PRECIOS CONVENCIONALES
PAGO ANTICIPADO

EN LA MUERTE DEL CARDENAL GUIASOLA

IN MEMORIAM

Mejor que de la mente las ideas y de la pluma las palabras, brotan en estos instantes, para mí amarguissimos, los ayes del corazón y las lágrimas de los ojos.

Necesito sostener mis miradas atónitas en la faz helada y cárdena del insigne purpurado para persuadirme de que su muerte no era una ilusión; y al convencerme de ello y al meditar lo que el suceso tristísimo significa, la pérdida enorme y nada fácilmente reparable que constituye para la religión, la sociedad, la patria, la acción católica española y para las mismas ciencias sagradas y las letras, mi alma de sacerdote y de patriota —que lo es también de reverente súbdito y de eterno agradecido— tiene que repetir, para afirmarse en la resignación, las expresiones del profeta de Idumea: “Como plugo al Señor ha sucedido. Bendito sea el nombre del Señor.”

A fe que en estas horas, comenzando por la Santidad de Benedicto XV y por la Majestad de don Alfonso XIII, son innumerables las almas que a Dios misericordioso piden para el llorado Cardenal el Cielo, y para la Iglesia Santa y para España apóstoles de su virtud y de su temple. En este concierto de oraciones amparo las mías.

Precisarían muchos números de *El Universo* para hacer el debido historial de los merecimientos del cardenal Guisasola.

El fué desde su tierna juventud, en periódicos y opúsculos, paladín denodado de las ideas católicas y de los derechos de la Iglesia contra los especiosos ataques de errores varios y contra los embates de revoluciones ensoberbecidas, fomentadas por muchos inconscientes.

El dedicó años largos de su sacerdocio, pleno de celo por la gloria de Dios y por el reino de Cristo y la salud de las almas, a una inmensa labor de catequesis, que todavía evocan entre agradecimientos y bendiciones la diócesis de Ciudad Real y Orihuela, donde el finado era secretario de su señor tío y homónimo, el arzobispo de santa memoria.

El ocupó sucesivamente las sedes episcopales de Osma, Jaén y Madrid, la arzobispal de Valencia y la Primada de Toledo, en el espacio de veintisiete años de ininterrumpida actividad asombrosa; en cuyo discurso acometió con la intrepidez de un Cisneros la reforma de las costumbres de sus respectivos súbditos; instituyó becas, creó seminarios menores, presidió asambleas y semanas sociales; fué parte principalísima en Congresos de distinta índole; visitó los territorios de su jurisdicción; impulsó el desarrollo de la prensa ortodoxa; multiplicó asombrosamente las Asociaciones piadosas y benéficas; fomentó el esplendor del culto y vindicó la pureza de la Música y la Liturgia sagradas; escribió Pastorales numerosas que ahí están—verdaderos monumentos de ciencia teológica, de erudición patriótica, de sociológica intuición, hasta de noble y castizo estilo castellano—, esperando el acierto de alguna persona o entidad que las coleccionen y las dé a la imprenta en honra del ilustre muerto y para bien de la Iglesia y refugio de los que afanen luz serena del Cielo en la presente noche social desconcertada, o como armería adonde busquen las únicas armas que darán el triunfo—Justicia y Caridad, Amor y Sacrificio—los luchadores del bien en estos tiempos de apocalípticas batallas...

Ni el espacio de que dispongo, ni la conturbación que experimento, me consentirían hacer de biógrafo de mi prelado, de este sacerdote siempre actuando en sacerdote; de este pontífice versante en todos sus actos—aun en su

intimas relaciones—con la gravedad y la austeridad y el amor y el espíritu de sacrificio de quien al fuego del espíritu sintió imprimírsele en lo profundísimo del alma el sello del divino Apostolado.

Menos aún pretendería convertirme en panegirista de este Cardenal, que muchos llaman “el gran Cardenal”, haciendo muy justo honor a quien llevaba acometida con santa intrepidez la reconquista espiritual de España, harto más importante que aquella otra geográfica llevada a término feliz por Isabel I con el concurso del gran Cardenal Mendoza.

Porque de cerca admiré la portentosa fulguración del talento de Su Eminencia, porque vi la fijeza de su ideal, cuando es signo espantoso de los tiempos la exorbitancia de tantos entendimientos tenidos por grandes, y le hallé ecuánime a la hora de la tragedia europea y en sazón en que aun los grandes amigos y mantenedores de la sociedad, creyeron hacer por ella partiéndola en dos mitades fratricidas; porque me asomé a su corazón y contemplé asaz admirado “todo un gran carácter”, uno de aquellos caracteres de nuestra edad de oro, forjado con los elementos que Dios mezcla y funde con su sapio cuando hace las voluntades de los héroes, de los santos y los mártires, y así le hallé sin temor ante los fuertes y le vi “oculis meis”, con los ojos arrasados al escuchar la relación de las desventajas de un pobre o al considerar la trayectoria—que no se encuentra jamás la cruz de Cristo—por do se lanzan, empujados de no sé qué vértigo y vesanía, tantos y tantos hombres que marchan a la ruina; porque aprendí de sus labios ungidos el secreto de los auténticos “espíritus fuertes”, de esos que han salvado y han de salvar al mundo de sus tremendas crisis y de sus epilépticos espasmos, secreto que el pesimismo unido a la contrición sobre las propias miserias, conjunto con un optimismo henchido y entusiasta acerca de la virtud de Dios, nunca cansada, y del trabajo y sacrificio humanos eternamente fecundos para la tierra como para el cielo; porque columbré, en fin, en el Cardenal Guisasola, al través de la nativa flaqueza humana, la grandeza de un alma extraordinaria, y en ésta, la ostensión soberana de la asistencia privilegiada de Dios; por todo ello, simple y verazmente me confieso incapacitado para intentar la apología del purpurado fallecido.

Para que nada faltase en el señor Cardenal, no pudiendo ser de mejor condición que el Maestro, fué muchas veces blanco de contradicción. Le combatieron. La mayor parte, como a Cristo Nuestro Señor, porque no le conocieron.

Cierto es que “los hombres ven en la cara, y Dios en el corazón”. Pero ¡cuán triste es la versatilidad y la injusticia de los humanos juicios!

Porque muchas veces el carácter de Primado y la misma elevación de sus dotes le hacían imprescindible en solemnidades y acontecimientos nacionales, no pocos le juzgaban propicio a las grandezas de la tierra. ¿Qué habrían dicho si le viesen conversar con los trabajadores de los campos de Toledo o ir a llevar los mazapanes a los pobres niños de los peones camineros?

Fué humilde y fué caritativo. Hablen por mí los seminaristas toledanos; hablen siquiera para sí los pobres vergonzantes, las asociaciones que se sostenían a sus expensas, los millares de cartas escritas en favor de los humildes, las cláusulas de su testamento. Y cuando sus virtudes quedasen celadas por la modestia con que practicarlas quiso... el testimonio de Dios le basta. Esta es la suprema voz.

No escribo más. Los amigos de *El Universo*

so saben qué sacrificio supone en mí haber emborronado hoy estas cuartillas. Sean ellas motivo de edificación a muchos y estímulo para trabajar y vivir santamente a imitación del cardenal Guisasola.

No quiero terminarlas sin pedir a los lectores, por el amor de Jesús crucificado, una oración para el alma de Su Eminencia.

La mía, eminentísimo señor... es —de hitos ante la Majestad Divina— para que se cumpla el voto piadoso con que hace unas horas os despedisteis de mí: “Hasta el cielo.”

FRANCISCO FRUTOS VALIENTE,
Presbítero.

(De *El Universo*.)

EL CARDENAL PRIMADO

Gran pérdida es la que acabamos de sufrir la Iglesia Católica, el Colegio de Cardenales, el Episcopado español, la archidiócesis de Toledo, la Acción Católica de España, los católicos españoles y los pobres con la muerte del eminentísimo señor don Victoriano Guisasola y Menéndez. Aunque ya no corto en edad —sesenta y ocho años, cuatro meses y unos días—, conservaba el vigor, el entusiasmo y la capacidad de la juventud, y en cuanto ponía mano por razón de su cargo y aficiones, se ha de sentir vivamente su desaparición.

“Si no me lo vedara en parte el respeto que debo a su modestia —decía el inolvidable marqués del Vadillo en el discurso con que contestó al suyo de recepción en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (7 enero 1906)—, os hablaría de su lucida carrera literaria en el Seminario, primero, y después en la Universidad de Oviedo, ciudad donde nació (21 abril 1852), haciéndose notar desde luego por sus condiciones brillantes, en aquellos días de azarosa lucha y de verdadera fiebre intelectual que siguieron a la revolución de septiembre, y en los que lo mismo en la Prensa que en la polémica oral mantuvo con firmeza la causa católica, mostrándose como lazo de unión entre el Seminario y la Universidad donde completó sus estudios de Derecho.”

La restauración facilitó al joven Guisasola el logro de su primera vocación, y graduado en Toledo siguió luego de cerca y bajo su dirección los ejemplos y la enseñanza de aquel gran prelado que murió siendo arzobispo de Santiago —don Victoriano Guisasola y Rodríguez—, después de haber brillado por su talento y virtudes en Ciudad Real y Orihuela. Le siguió a todas partes, completando su carrera y educación eclesiásticas su sobrino y desde hoy compañero nuestro Guisasola y Menéndez.

“Hablar de cuanto hizo en este período que pudiéramos llamar el de la preparación de su vida, recordar sus brillantes oposiciones a la prebenda doctoral del priorato de las Ordenes Militares, sus admirables trabajos de catequista, su celo y competencia demostrados por la restauración de la pureza disciplinar de la Iglesia, preparando Sinodos provinciales en Santiago, fuera malograr mi propósito, y herir contra mí deseo la probada modestia del nuevo académico.”

Ha sido sacerdote el eminentísimo señor Guisasola desde los veinticuatro años de edad; Obispo, desde los cuarenta y uno; Arzobispo, desde los cincuenta y tres; Primado, desde los sesenta y uno; Cardenal de la Santa Iglesia Romana, desde los sesenta y dos. Cantó Misa en Madrid, en la iglesia de Montserrat, que ya no existe. De presbítero fué beneficiado, canónigo, doctoral y vicario capitular de diócesis tan importante como Compostela.

Del cardenal Guisasola son universalmente admiradas las pastorales. Cuantos las leen advierten en seguida que son escritos muy meditados, escogido con suma escrupulosidad el asunto, desarrollado con toda la detención y estudios preliminares que cada argumento requiere, y redactado en correctísimo y claro castellano. El marqués del Vadillo hace notar en su ya citado discurso cómo las cuatro pastorales que llevaba publicadas en esta dióce-

sis de Madrid-Alcalá, cuando ingresó en la Academia, además de ser admirables joyas literarias y modelo de labor doctrinal, forman un conjunto orgánico “que no parece —dice— sino que responden las cuatro a un plan educador”.

En la primera, en efecto, trata de lo que es la religión y de lo que es la vida cristiana, deduciendo las funestas consecuencias del Estado sin Dios. La segunda es el estado de la misma vida cristiana transfigurada por la gracia y su influencia sobre el individuo, la familia y la sociedad. La tercera desenvuelve el principio del magisterio docente de la Iglesia. Y la cuarta, el concepto de la autoridad de la Iglesia. Con toda esa materia ligase íntimamente la desarrollada en el discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas: “El principio de autoridad: su origen, caracteres y relaciones.”

Y este tema relacionase, no menos estrechamente, con otro aspecto importantísimo de la obra docente del Cardenal.

“Nótase hoy —decía el Cardenal en la parte expositiva del asunto— una lenta evolución, que atrae las miradas de todos los pensadores, por referirse a los dos vínculos sociales más estrechos: la Autoridad y la Propiedad.”

Señala una porción de hechos que no parecen afectar sino a la primera, y que, sin embargo, se reflejan ya, y han de reflejarse más todavía, en la segunda. “No son —seguía el prelado— dos evoluciones distintas y separadas sino dos efectos de una misma evolución que, por entrañarse en el organismo social, ha de reflejarse en sus dos vínculos más íntimos y fundamentales.”

Desde 1906, en que esto era escrito, hasta la fecha, la evolución única, y que afecta igualmente a lo político y a lo social, al Derecho Público y al Derecho privado, se ha hecho más clara y evidente a todas las inteligencias. El cardenal Guisasola, después de considerar en el discurso de la Academia los efectos políticos de la evolución, estudió los sociales y la manera de encauzarlos, para que no sean destructores, en una porción de pastorales no menos luminosas que las anteriores y el repetido discurso. Un querido colega cita con el merecido encomio las que llevan por título *Justicia y Caridad en la organización del trabajo*, y *La ley del sacrificio*.

Todas, todas las obras del cardenal Guisasola, las académicas, que son pocas, y sus muchas pastorales, forman, repitámoslo, un orgánico conjunto de doctrina. Se parecen por esto, así como por el estudio previo que revelan y el literario atildamiento de buen gusto con que están escritas todas ellas, a las Encíclicas de León XIII. Sería buena empresa convertirlas en un libro apologetico, quizá extractándolas por mano experta, para que formasen un tomo poco abultado y en armonía con las condiciones actuales de coste de papel y mano de obra.

El difunto Cardenal, como sabemos todos, no era en cuestiones sociales un teórico. Sus fundaciones de obras prácticas, que sostuvo con bienes propios; su largueza más que señorial prelatial, de gran prelado, como algunos de sus insignes antecesores; su cristiana llaneza de buen asturiano, o, lo que es igual, de español excelentísimo, todas sus cualidades, en suma, eran de las que, si se multiplicaran en la sociedad actual, sobre todo en las alturas, alejarían seguramente el inminente peligro de gravísimas y destructoras sacudidas y conmociones que nos tienen a todos sobresaltados y temerosos.

El Cardenal era, como decimos, un hombre muy llano. Daba gusto hablar con él, porque ni intimidaba con la grandeza de su dignidad, ni daba jamás ocasión a familiaridades peligrosas para la conservación del debido respeto. Tenía el arte, o, mejor dicho, el don natural de estar siempre en su puesto, y de tratar a todos sobre un pie de igualdad que encantaba. Muy afectuoso, muy cariñoso con cuantos se le acercaban; pero su afecto recordaba la preciosísima frase de fray Luis

de León sobre Santa Teresa: "El Señor le dió unos naturales amorosos y no pegajosos..."

La última vez que tuvimos la satisfacción de conversar con él fué en junio último, cuando entró en la Academia de Ciencias Morales y Políticas don Alvaro López Núñez. Parecía buenísimo y robusto; nada en él auguraba la proximidad de su fin. Nos habló de López Núñez y nos dijo con su acostumbrada llaneza: "Yo leo, con avidez todas las crónicas sociales de López Núñez en *La Lectura Dominical*, porque en ninguna de ellas dejo de aprender. ¡Si viera usted cuánto he aprendido en esas crónicas!"

Un hombre que a los sesenta y ocho años, y siendo Cardenal Primado de las Españas, da tanta importancia al aprender, es, seguramente un hombre muy bueno y un hombre notable. Que en paz descanse.

DEBERES DE LOS CATOLICOS DEL ENEMIGO EL CONSEJO

El que haya tenido ocasión de leer o de pasar la vista por las columnas de *El Socialista* no habrá podido menos de llamarle la atención un proyecto de gran trascendencia para dar un impulso temible a los ideales revolucionarios y, como tales, destructores del orden social cristiano. Se alude a la fundación de una *Editorial Socialista*, para cuya empresa intentan reunir un millón de pesetas, proporcionadas por los afiliados al socialismo no sólo en España sino también en el extranjero.

Lo que se propone la *Editorial Socialista* lo estampará el órgano del partido ya citado en primera plana, acompañada la nota con acuerdos, circulares, cartas, informaciones de actos públicos, etc.; todo encaminado al logro de esa empresa que, por lo visto, lleva camino, *por desgracia*, de ser una realidad.

Decimos *por desgracia* porque los fines que ha de llenar son: 1.º, asegurar la vida y el desarrollo del órgano central del partido obrero; 2.º, publicar libros y folletos doctrinales, y 3.º, organizar la propaganda escrita.

Si Nuestro Divino Salvador pudo afirmar que los hijos de las tinieblas son más avisados y astutos que los hijos de la luz, este proyecto no deja de ser un caso práctico y un toque de atención a los que amen de veras a nuestro ideal católico y tengan voluntad decidida de llevarlo a la práctica e inculcarlo en los individuos y colectividades, hasta hacer penetrar de ese espíritu católico, que es de Cristo Redentor y Señor de todos y de todo. "Alcance la bandera de Cristo, desplegada, hasta al campo de las asociaciones de carácter económico o instructivo, bajo cuyo disfraz procuran esconderse los enemigos para lograr mejor su diabólico propósito. Y esto para que los enemigos queden desenmascarados y la luz de la doctrina de Cristo y el ardor de su caridad se extienda y alcance no sólo a todo individuo sino también a toda asociación, a fin de que siempre y por todo triunfe el reino de Dios."

Hemos querido copiar unas pocas frases de la instrucción que el Santo Padre Benedicto XV dirige hace pocos días, por conducto del cardenal Gasparri, a la señora Presidenta de la Unión de Damas Españolas del Sagrado Corazón de Jesús, quien, al fin de la misiva, advierte que desea que por todos los medios procuren esas señoras católicas, junto con la acción religiosa, inculcar y alimentar en el mundo femenino, individual y social, el espíritu cristiano, y esto a bandera desplegada.

Si esta norma de conducta es la señalada por el representante Supremo de Cristo a las señoras, cuyo fin primordial por institución es propagar y sostener la devoción al Sagrado Corazón, símbolo del amor divino hacia el hombre, calcélese si cuadrará más de lleno esa redentora misión a todos aquellos que, gloriándose con el título de hombres de acción católico-social, se proponen salvar al mundo moderno, desquiciado por las ideas y planes revolucionarios desde los izquierdistas hasta los bolcheviquistas, al fin emparentados y descendientes en línea recta unos de otros por la fuerza de la lógica y la mancomunidad de principios básicos ateos o arreligiosos, que es lo mismo.

Y lo que se dice que esa misión urgente incumbe a los hombres de acción católico-social, hay que aplicarlo también a los que sean de verdad católicos; cada uno en su esfera de acción y con los medios, ora económicos, ora personales, debe colaborar en esa decisiva campaña, cada momento más decisiva para todo lo que más amamos los católicos. Mil veces y en todos los tonos y por la voz y la pluma más autorizada, se viene repitiendo, sobre todo en esta última etapa de la historia, en que se da tal vez la batalla más cruenta entre las dos ciudades descritas por San Agustín: la de Dios y la de Satán.

"La Prensa —repite el adversario— es la que ha de darnos el triunfo definitivo: la Prensa es el arma ofensiva y defensiva más eficaz y certera para destruir a los que militan en el campo de enfrente; la Prensa, que es la

que forma las conciencias, ilustra los entendimientos y mueve los corazones y las voluntades, y la que deposita las semillas de nuestros ideales, que luego cultiva hasta su pleno desarrollo."

"Es la empresa más importante y práctica en que ha puesto empeño el partido —dicen los de la Agrupación Socialista de Valencia—; la Prensa es la que crea estados de opinión, la que enseña a pensar por cuenta propia, la que esparce a los cuatro vientos el ideal y la táctica para encarnarlo en hechos; la victoria estriba en conseguir que las masas se den cuenta de nuestras ideas y lleguen a conocerlas, y lo demás se nos dará por añadidura; vengan periódicos de difusión en que se esparzan las doctrinas redentoras; es preciso que en cada región haya, por lo menos, un diario obrero (bandera para las huestes hacia el mundo nuevo); fuera la apatía y el egoísmo ante esa lucha que ya augura la victoria; para hacer una fuerza sólida, para crear una conciencia ineluctable falta luz, mucha luz, y nuestra Prensa ha de ser el sol que la proyecte."

Hemos querido transcribir al azar algunos rasgos del aludido acuerdo de los sectarios valencianos, porque todo ese programa es de aplicación a nuestro campo católico; con la diferencia que los del sector revolucionario conducen a la perdición eterna; y con el lenguaje sugestivo empleado por los revolucionarios se insinúa el error, la herejía y la blasfemia, y sorprende y subyuga, por de pronto, con utopías y mentidas felicidades a los desgraciados que no tienen la dicha de haber recibido educación sólida cristiana. Buen cuidado tienen esos falsos redentores de extraviar esas almas del pueblo honrado del camino de salvación eterna, que es el catolicismo, y lo hacen, no por la persuasión y por el razonamiento, pues en materia de religión son analfabetos y debían callar hasta estudiar algunos años el catolicismo. En el número de *El Socialista* de 30 de agosto de 1920, que se inserta ese acuerdo, constan una porción de sandeces (como todas las que escriben esos infortunados), como asegurar que la influencia católica ha sido vencida por las conquistas del racionalismo; que los religiosos educan a los niños pésimamente y contra el mismo cristianismo; que éste no ha logrado éxito y vencer a los humanos en veinte siglos, etc.; Razones? Ninguna. Confundir las cosas; adulterarlo todo; pretender que un consejo evangélico sea precepto y... *calumnia, que algo queda.*

X.

¿SUEÑOS O REALIDADES?

LO INEVITABLE

Miré y vi a mis campesinos afanosos trabajando en sus cotidianas tareas, sencillos y buenos, nobles de corazón, rectos de pensamiento, y me dije: "De aquí es de donde sale la grandeza de mi Patria, de aquí es de donde surge el esplendor del solar en que nació... Ellos son la fortaleza de España, el trono donde se afirma el orden y la paz..."

Hube de acordarme del gran Sancho Panza, del que todos tenemos un algo; y di gracias a Dios por haber concedido a España que en sus bellos atardeceres, cuando los rayos últimos del sol se reflejan en las mieses doradas y en los brillantes azadones de nuestros obreros campesinos, al toque del divino *Angelus*, se descubran estos Sancho Panzas recitando la oración de la piedad y de la sencillez...

Una de estas tardes de mis tiempos de sublimidades patrias, cuando el toque de la oración había sonado y en el cielo comenzaban a aparecer las primeras estrellas, surgió lo inevitable, lo que hubo de trastornar a mi Patria y dejarla en el estado actual. Cuando vagaba mi imaginación ardiente por los senderos de la Mancha a la pálida luz de este atardecer castellano hube de ver en el camino, avanzando lentamente, dos siluetas muy conocidas, las dos encarnaciones del sacrificio y de la abnegación, los dos sublimes locos con locura ideal propia de nuestra gloriosa España: Don Quijote y Sancho.

Sancho Panza, la personificación de la bondad, modelado su espíritu, si no en regiones altísimas llenas de sublimidades, sí en la región de la sinceridad y de la compasión, iba "razonando" con su amo acerca de la insula prometida, porque los españoles todos somos de esta manera, siempre aventureros, siempre con la vista en la ilusión y en el ensueño, cuando acertaron a pasar por allí otros dos aventureros, otro caballero que, con su criado, caminaba Dios sabe dónde... Erán Don Juan Tenorio y Ciutti, su escudero...

Yo dejé a los amos que dialogasen, que otra pluma mejor que la mía había de narrar la conversación, como lo hizo el notable escritor Cándido Ruimar el 3 de noviembre del pasado año, y me alejé unos pasos para contemplar la entrevista escuderial.

No he de transcribir el diálogo. Únicamente

he de decir que Ciutti inculcó al bueno de Sancho algunos de sus ideales, que hoy se llamarían sindicalistas o socialistas, que le imbuyó la idea del robo a su amo, que lo trastornó completamente diciéndole que su amo le explotaba...

Fué como una ráfaga de aire que bambolea un instante las cosas y luego quedan como antes, pero siempre con las huellas que el viento dejó...

¿Había sido sueño? ¿Fue realidad?... Lector, no lo sé, no me lo preguntes; sólo te diré que luego he visto cómo todos los pensamientos extranjeros, quizás importados por Ciutti, comenzaban a abrirse paso en mi Patria, en el país donde antes no existía "tuyo ni mío", y te diré que, como Sancho, muchos corazones meditaron sobre las palabras del escudero del Tenorio...

Y comenzó la ira al rico y el odio al poderoso.

MITIN SOCIAL CATOLICO

EN CACERES

Tuvo lugar el domingo 5 del corriente, como ya estaba anunciado.

Asistieron representaciones de algunos pueblos.

Presidió la Junta directiva del Sindicato Católico de San José, a la que acompañaban los oradores y el delegado de la autoridad.

La concurrencia era mayor que la que ha asistido a los mítines anteriores.

Comenzó el acto leyendo el señor Ramos Almodóvar unas cuartillas en las que con paleta de pesimismo y rebeldías de los primeros pasos por el camino de la juventud, pinta el estado social de la Extremadura y censura a los que cree culpables de él. Aboga por que las sociedades obreras de la provincia tengan la característica de extremeñas y católicas, y defiende la tesis de que no debe combatirse a las agrupaciones socialistas sino encauzarlas.

Nuestro compañero señor Ramos Almodóvar fué muy aplaudido al acabar su vibrante trabajo.

Julio Alonso.

Seguidamente hizo uso de la palabra Julio Alonso, secretario del Sindicato Católico de Ferrovianos; joven también, pero ya viejo en estas lides de la acción social católica, en la que lleva trabajado mucho.

Con fácil palabra e ingenua franqueza moza, después de demandar benevolencia en el auditorio, habla de cómo el egoísmo y la cobardía relegaron al olvido el cumplimiento del deber y desarrolla el tema del derecho al trabajo y el derecho a la vida. Demuestra cómo el paro forzoso es enemigo del orden social.

Combate valientemente al sindicalismo rojo y dice cómo ante la violencia hay necesidad de defenderse, de hacer surgir la acción ciudadana, y excita a todos a cumplir con los deberes sociales católicos.

El joven orador fué muy aplaudido al final de su discurso, sencillo y valiente, sin efectismo ni pirotecnia de palabras.

Don Francisco Campón.

Don Francisco Campón habla después. Es el orador fácil, que encuentra siempre a mano la frase apropiada, que expone con magistral claridad, que fustiga con valentía y cara a cara. Y permitidos este ligero juicio, que es la primera vez que oíamos al señor Campón, am cuando sabíamos que también es un veterano de la acción social católica.

Expone cuál es la misión que cumplen los sindicatos católicos. Rechaza el dictado de vendidos al capital que a los sindicalistas dan los rojos y demuestra cómo buscar la armonía entre el capital y el trabajo no es estar vendido a aquél.

Ocupase del salario, que no es una limosna, y con este motivo hace un hermoso párrafo referente a la memoria.

Fustiga a los directores del socialismo. Comenta con ironía la adhesión a la Tercera Internacional de los socialistas cacerenses.

Prueba cómo el obrero no es una máquina y cómo los Sindicatos católicos buscan su efectivo mejoramiento con obras de previsión y ahorro, con el aumento justo de los salarios, con la educación e instrucción de sus individuos.

Dice que hay que buscar la solución en la depuración del alma, en la vida cristiana del hogar.

Afirma que donde hay que hacer la propaganda, ya no es en el periódico y en el mitin, es preferentemente en el taller, porque el taller es el campo de propaganda que ha elegido el socialismo, y allí hay que ir a combatir. Extiéndese con este motivo en acertadas consideraciones, demostrando que conoce admirablemente el problema. Hace un

so, y germinó en el pueblo español la fiebre del oro y la lucha de clases...

Después he visto a mi España en estos mis tiempos de progreso, surgiendo cada día huelgas y motines, perturbaciones sociales y asesinatos diarios... He visto en cada obrero un brazo homicida que hiere y mata al patrono, he visto a España querer independizarse nuevamente y no prestar oído a externas indicaciones viviendo la vida que vivía antaño... Pero ¡lo trágico!, ¡lo verdaderamente trágico! es que el daño ya estaba hecho y los gérmenes de insubordinación y de amargura habían arraigado bien...

El encuentro de Sancho y Ciutti fué inevitable. Cuando se quiso conjurar el peligro el triste corcel de Ciutti había topado con el pacífico asno que montaba el buen Sancho.

ANDRÉS M.ª TRAVESI,

Del Sindicato del Pilar.

Septiembre, 1920.

llamamiento a los patronos para que vigilen sus talleres, para que tengan caridad con sus obreros, no permitiendo que se siembre en ellos la mala semilla.

Y termina su discurso, que ha sido interrumpido con aplausos, excitando a todos a buscar la solución del problema social en las doctrinas católicas, en conseguir una sociedad en la que el nombre de Dios se bendiga y el capital y el trabajo vivan en armónica unión, como fuente de vida. (Grandes aplausos.)

Carlos Pérez Sommer.

No hemos de hacer presentación alguna de este luchador por la causa social católica; es sobrado conocido, y aquí en Cáceres tuvimos esa satisfacción poco más de un año ha; por eso, refiriéndose a esa fecha, comenzaba su discurso Sommer recordándola, recordando que entonces dijo que era necesario que nos preocupásemos de realizar activa labor de propaganda católicasocial para evitar los trastornos que estábamos sufriendo y los que habían de venir.

Afirma que el estado social de España es lamentabilísimo; vamos al fracaso colectivo, del que todos tenemos la culpa.

Hoy se pregona un hecho del que necesariamente he de tratar: Se han unido los sindicalistas y los socialistas. ¿Para qué? Para ir contra la reacción, dicen en su nota oficiosa, para dar la batalla al orden y a la paz sociales.

Hace ver cómo los directores del socialismo y del sindicalismo, para conseguir sus finalidades ambiciosas, han sembrado en el alma de los obreros sentimientos de odio profundo que jamás existieron en el alma española; y cómo los patronos, en general, no han hecho nada para contrarrestar este mal, no se han puesto en contacto con los obreros.

Prueba luego que no está la solución en la represión.

Se ocupa del envenenamiento que hacen los directores del socialismo y del sindicalismo, aprovechando su ignorancia, y refiere lo que vio en Andalucía, donde un obrero leía el periódico rojo a los demás que daban por artículos de fe los de tal periódico.

Censura las complacencias con los revolucionarios, y la dejación del principio de autoridad. "Han bastado —dice— en muchas ocasiones las amenazas de cuatro vividores para coartar la libertad de trabajo."

Se ocupa, poniendo el dedo en la llaga, de la indiferencia con que por los católicos se ve la acción social, a la que no prestan todo el concurso que pueden. Compara esto con el apoyo que los suyos prestan al socialismo y al sindicalismo, a sus propagandas, a sus actos todos; y se refiere a los viajes al extranjero de los *leaders* socialistas y sindicalistas, cuyo objeto es traer dinero para hacer propaganda.

Al censurar la apatía de los católicos, de los que tienen obligación ineludible de trabajar por la pacificación social, siente que las verdades puedan molestar a algunos; pero es preciso decir siempre la verdad, aunque sea en contra nuestra.

A pesar de esta apatía de esos elementos, los obreros católicos hemos aumentado en forma tal el número y la acción de nuestras asociaciones que los jefes socialistas han visto cómo el reinado de su mando sobre los obreros ha llegado al fin, y por eso se han unido con los sindicalistas rojos, para con esa unión ir contra el sindicalismo católico.

Para ir contra el sindicalismo católico, que es el verdadero libertador de los obreros, es para lo que se unen los directores del socialismo y del sindicalismo rojo, que quieren a toda costa seguir esclavizando a los obreros,

y para ello no reparan los unos en estrechar las manos tintas en sangre de los otros. Esa es la finalidad de la unión de sindicalistas rojos y socialistas, seguir mandando al obrero e impedir que el obrero venga a los Sindicatos católicos donde nadie les esclaviza: no es la finalidad la de dar la batalla a la reacción capitalista, puesto que el capital, por no haber organizado el trabajo, le tienen cogido siempre.

“La doctrina social —afirma— no puede asentarse en el crimen. Para convencer no hay que andar a tiros. Los autores materiales matan siguiendo las funestas doctrinas que les han metido en sus almas sus apóstoles.”

Hay que formar las conciencias de los ciudadanos y hacer eso es deber inexcusable de todos.

Habla del retiro obrero, que se debe exclusivamente a los obreros católicos, pues la representación socialista no quiso intervenir en esa obra buena.

Demuestra cómo el socialismo, al declararse ateo, ha ido de fracaso en fracaso y se ocupa de la Segunda y Tercera Internacionales, haciendo mención de las luchas intestinas, que asquean, que sostienen los directores para ocupar los puestos.

“La unión de sindicalistas y socialistas, que se ha hecho, ya os lo dije, para ir contra nosotros y porque el socialismo se quedaba sin gente (unos venían con nosotros y otros se marchaban con los sindicalistas), es un abrazo de lucha, que puede ser abrazo de muerte si nosotros queremos.”

Y con esa oratoria sugestiva, característica de Sommer, desarrolla en forma magistral el programa práctico de acción social católica efectiva; la organización corporativa no sólo de los obreros, sino de todas las profesiones liberales; la armonía entre el trabajo y capital, en una palabra, ese programa de acción que con trazos luminosos señaló León XIII y siguen desarrollando los Pontífices que le suceden y los Prelados.

Habla de la Internacional católica que se está preparando para aunar la marcha de la acción social, que no es una presentación de cofradías, obras admirables de piedad, pero que son muy distintas de la acción social.

Hoy contamos con 600.000 afiliados a la sindicación católica y es preciso enseñarles a manifestarse para que la fuerza de su razón y de su número se tenga en cuenta.

Termina su magnífico discurso, que ha sido escuchado con gran complacencia por el auditorio, e interrumpido con aplausos en varios momentos, diciendo que se despide de nosotros hasta un mañana próximo, si Dios quiere, y que ha de ver si en él, al volverse a encontrar entre nosotros, ve pujante y vigorosa la obra social católica que ha de traer la paz a los espíritus. (Grandes aplausos.)

El presidente del Sindicato, señor Moreno, da las gracias a los concurrentes y termina el acto, que ha resultado muy bien.

Al felicitar al Sindicato Católico por su organización, le alentamos a que con frecuencia organice estos útiles actos de propaganda.

(De La Montaña.)

Del coco sindicalista

Hay mucha gente que se alarma mucho por eso de la unión de sindicalistas y socialistas, que presentan “un frente de un millón de hombres” para combatir a la pícaro reacción. ¿Qué piden estos federados? *La Epoca*, cuyas dos plumas fundamentales son tan inteligentes como irónicas y socarronas, ha venido a decir: “Pues piden lo que puede pedir sin extrañeza de nadie cualquier monárquico que no aprecie el momento actual como el Gobierno: que se levante la suspensión de las garantías constitucionales y un par de pequeñeces más por el estilo.”

Y así es. Y los sindicalistas y socialistas españoles no se unen ni se unirán para muy más grandes cosas: los primeros, porque no se atreven; los últimos, porque antes que lo del no atreverse, en ellos está el que no quieren!

Saben bien socialistas y sindicalistas la formidable, enérgica voluntad con que la masa general de la opinión española, incluyendo en ella a mil grupos obreros, se opone y se opone al menor intento de sovietismo entre nosotros. Saben que al frente de su millón de hombres —que no es un millón, ni medio, ni cuarto— están muchos millones de españoles; así que se limitan a hacer el coco y a pedir poquito.

Pero, además, saben que el año 17 no ha de volver a repetirse. El 1917 tuvo su lógico final: el presidio para unos cuantos cachicanes, y su ilógico epílogo, la apoteosis, la libertad, la exaltación y la amplia situación económica, para esos cachicanes mismos.

Pero ahora no; ya saben los sindicalistas que ahora no; ya saben que si ahora se produjera un nuevo 1917 no será ya el Gobierno quien ni olvidara ni perdonara, serían la indig-

nada opinión pública la que impondría al Gobierno que no perdonara ni olvidara.

Ahí está la cosa. Y ahí están los fundamentos para la general tranquilidad. Claro que el “sierramorenismo” es libre, en tanto no tropieza con la Guardia civil; claro que los sindicalistas pueden cometer sus asesinatos sueltos, en tanto no tropiecen con la policía;

pero en lo total no pueden nada los sindicalistas, y saben que no pueden. Dejemos de asustarnos, pues, ya que España está resuelta a mantener su orden. Más asustados deben estar —y su propio manifiesto nos da indicios de ello— los sindicalistas y socialistas que amenazan, para la galería, con su millón de hombres, cada día más desengañados de sus jefes.

EL BOLCHEVIQUISMO POR DENTRO

EN LA RUSIA DE LOS SOVIETS

En el país de Lenin.—Entre los viejos creyentes

A bordo de “La Tercera Internacional”.—El tráfico por el Volga.—Es falso que Lenin descienda de una gran familia.—Los aldeanos no quieren dinero.—El Jefe de los viejos creyentes.—Eran más felices bajo el zarismo.

VOSKRESSIENSK (Volga).—Todo el día y toda la noche hemos seguido bajando el Volga. En estos tiempos soviéticos, un vapor como éste es el medio de transporte más confortable, el más rápido y tal vez el más seguro. Eso, a pesar de su nombre, que parece predisponer a las tempestades y al naufragio final, porque, en efecto, se llama la “Tercera Internacional”. De unos sesenta metros de largo y con ruedas, recuerda, con sus dos pisos y un puente-paseo sobrepuesto, aquellos barcos que, de lejos, podría uno tomar por casas, y que hacen en América el servicio de los grandes lagos. Como la falta de nafta ha impedido largo tiempo el emplear estos buques, queda un gran número de ellos, que acaban de ser puestos otra vez en servicio.

El tráfico intenso que antes llevaba el Volga, está ahora reducido a proporciones ínfimas. Lo que se encuentra en él, sobre todo, son balsas que llevan hasta Moscú y Petrogrado el combustible necesario para el invierno. Van deslizándose lentamente, en trenes de cinco o seis balsas anchas, cada una de una veintena de metros por unos cuarenta de largo, unidos los unos a los otros y formando como una plataforma. A proa construyen los marineros generalmente, sólo con sus hachas, que manejan con asombrosa habilidad, una o dos isbas, cuyos tejados de aristas agudas se reúnen por una pasarela. A la popa del convoy ponen una media docena de timones originales que parecen palas para horno de alguna panadería gigantesca.

Hemos encontrado también, por la tarde, los primeros buques-cisternas, que, venidos de Bakou, llevan la nafta indispensable a las industrias del Norte. Mucho me temo que no me haya llamado más la atención la belleza del espectáculo que presentaba entonces el Volga que la importancia económica de dicho acontecimiento. Eran las diez. La luna, llena en sus tres cuartas partes, brillaba extraordinariamente. Por matices insensibles iba por grados el horizonte, del azul al amarillo y del amarillo al rojo. El agua, que cerca de la línea del horizonte tenía reflejos castaños rojos, se volvía poco a poco de un azul casi tierno, y las embarcaciones que pasaban destacaban sobre este cálido fondo, siluetas de tinta de China. Las boyas del balizaje, con sus fanales a ras del agua, bailaban como fuegos fatuos al peso de nuestra estela. Era una escena casi demasiado bella y demasiado perfecta.

De las escalas que estos días hemos hecho, no mencionaré más que dos. Primeramente, la de Simbirsck, porque allí nació Lenin, el día 1 de abril de 1870.

A propósito de esto he leído en alguna parte que el director bolchevique descendía de una gran familia. Esto es inexacto. Wladimir Ilitch Oulianov, llamado Lenin, tuvo por padre a un hombre de origen campesino, que llegó a ser maestro en esta región. No lejos de aquí, en Kazan, es en donde Lenin hizo sus estudios de Derecho, pues le estaban cerradas las Universidades de las capitales, porque su hermano mayor, Alejandro, había sido ejecutado por crímenes políticos.

Simbirsck, que estuvo bastante tiempo ocupada por las tropas de Denikin, no parecía que había sufrido nada, lo mismo que Samara y las demás poblaciones que se hallaban en el mismo caso, y que yo he podido visitar.

La segunda escala, más interesante, se efectuó en Voskressiensck (La Anunciación). Es una aldea grande, que tiene el aspecto descuidado, árido y triste, de tantas otras aldeas rusas. Delante de la casa, de ventanas cerradas (el sol del Mediodía hace tórrida la atmósfera y no hay un árbol a la vista), pilas de pequeños cubos, hechos de paja, de turba y de excrementos de animales, se están secando: es el combustible para el invierno. A las puertas de la calle charlan las comadres al verno. Están vestidas de caracos y de faldas de tantas piezas de distintos colores, que parecen casaquines de arle-

quín. Probé de comprarles leche, huevos o miel, pero fué en vano. No querían mi dinero, pero estaban dispuestas a hacer un cambio por sal, cerillas o jabón; por cualquiera cosa que no fuesen billetes soviéticos.

Fuí a llamar a la puerta de una casa grande, de ladrillos pasados por cal, en lo más alto del pueblo. Una anciana, de cabeza movediza vino a abrirme, y me dijo que el amo del domicilio estaba en el jardín, adonde me dejó ella en libertad de entrar. Allí encontré, en efecto, rodeado de sus colmenas, a un anciano alto, delgado, con una cara surcada de innumerables arrugas, de largos cabellos grises, que parecían cortados a hacha, y con unos ojos cuya expresión era sencilla como la de los niños. Seguramente que nunca habrá salido de su aldea. Mi aparato fotográfico era para él una novedad que al principio le asustó.

Acabó por animarse, y descubrí que era el jefe de la Congregación local de una secta religiosa: la de los Viejos Creyentes. ¿Os acordáis de la gran querrela por la cual muchos viejos creyentes se dejaron matar y que estribaba sobre la cuestión de saber si uno se debía santiguar con el pulgar, el índice y el medio, separados o reunidos? Esta secta parece que tiene también un profundo horror al tabaco, pues habiendo encendido mi guía un cigarrillo en el portal, en donde estábamos parando, me menester que nos hiciesen salir fuera. La sala de reuniones adonde fui conducido, una vez restablecida la calma, estaba adornada, entre otros símbolos (quizá desde el bolcheviquismo), con un fresco que representa al diablo sentado sobre un montón de oro y sonriéndose, con un gesto horrible.

Otros campesinos con los cuales yo hablé manifestaron una ignorancia completa del bloqueo y de esa guerra polaca a la cual hacen responsable los bolcheviques de todos sus males. No les gustaba el Gobierno, y, aunque ignoraban cuáles podían ser mis ideas, no ocultaban su opinión respecto al mismo.

—¿Cuando erais más dichosos —les pregunté—, bajo el zar u hoy?

Hubo acuerdo de pareceres para decir que eran más dichosos bajo el zar.

—Pero entonces no poseáis la tierra.

—No; pero podíamos arrendar de ella, no ciertamente todo lo que nosotros hubiéramos deseado, pero sí algo. Y cuando teníamos dinero podíamos comprar lo que nos placía. Hoy el Gobierno es tan malo, que él no tiene nada para darnos, y nadie tiene tampoco nada para vendernos.

Refiero este pequeño diálogo sin comentarios. Aquellos aldeanos tenían una idea simplista (acaso exacta, si se examina bien todo) del papel de un Gobierno. Por otra parte, nos contaron sin gran pasión ni pena cómo unos guardias rojos, algunas semanas antes, habían llevado a cabo una “razzia” en una aldea situada cerca de la suya, por el otro lado del Volga, y enviado de la vida a la muerte a unas cuarenta personas que se negaban a entregar sus viveres. Aquí, el Gobierno, que había cogido todo el año pasado, no ha podido remitir bastante trigo, ni siquiera para la siembra, y lo ha tenido que reemplazar por granos de tornasol.

Os hubiese contado, si hubiera habido lugar para ello, una audiencia de justicia lugareña y, sobre todo, una visita a la escuela. Encontré en ésta una maestra, cuyo capotillo rosa, los pelos rizados y las piernas desnudas, bajo unas faldas muy usadas (los soviets no miman a sus funcionarios) me causaron el sentimiento de ser un vejete y ya no niño de escuela. Después de Pascuas, parece que se interrumpen los cursos para que los chicos puedan trabajar en el campo. Y luego, en la aldea, estimaban poco los padres la educación bolchevique, y preferían enviar a sus hijos a las escuelas religiosas de los Viejos Creyentes. Por eso encontré yo como único ocupante de la clase a un gorrión que se obstinaba en querer salir por la única ventana que estaba cerrada. Me pareció que

era el discípulo que muy bien convenía a semejante maestra.

JACQUES MARSILLAC.

La cooperación agrícola en Inglaterra

I
Se expresa mister Wolff, al hablar del crédito agrícola, con palabras de amargura porque los Bancos populares y Cajas rurales habían encontrado en el Japón antes que en Inglaterra acogida entusiasta y realidad muy provechosa.

Veamos el fundamento de las quejas de mister Wolff. Si en los anales de Alemania pueden escribirse con letras de oro los nombres de Schulze y Raiffeisen, el Japón tiene al sociólogo Nononza Kingiro, que ofrece una fisonomía moral de gran relieve, y que hizo por las clases desvalidas de su país labor tan humanitaria que la historia la registrará como señalado título de honor. Las Instituciones cooperativas del Japón atienden desde su origen más a las condiciones morales de sus socios que a los medios de fortuna.

Nononza Kingiro tenía mayores devociones para Raiffeisen que para Schulze. En 1903 ya contaba el Japón con unas seiscientas Cooperativas.

Los Bancos populares recibían auxilios del Estado. Esto falsea algo el patrón de Schulze.

En la concesión de créditos, las Cooperativas llegan a mayores extremos que en los países europeos, pues al deudor de antecedentes intachables se le facilitan recursos sólo con su firma, a pesar de su notoria insolvencia.

Lo mismo en los campos que en los centros fabriles, las Cooperativas contribuyeron en el Japón a fomentar las fuentes de riqueza. La industria de la seda fué la que recogió mayores beneficios.

No sentía mister Wolff la tristeza del bien ajeno, porque su espíritu generoso le coloca muy lejos de estas miserias humanas; pero sí se dolía como buen patriota, con razón sobrada, de que sus conciudadanos fueran tan calmosos para aprovechar las enseñanzas útiles que otros países les ofrecían.

Cuando Schulze y Raiffeisen empezaron a ganar celebridad por toda Europa, una parte de la prensa inglesa puso en entredicho los méritos de los sociólogos, y esto retrasó en el Reino Unido la creación de Cajas rurales y Bancos populares.

También mister Gray en el Congreso de Cooperativas de 1896 se lamentó de que la estadística ofreciera cifras muy reducidas.

Para impulsar el movimiento cooperativo en los campos se acordó en el Congreso de 1899 recomendar a las grandes Cooperativas inglesas de consumo que destinasen parte de sus utilidades a la compra de tierras, a fin de favorecer las experiencias del cultivo cooperativo.

No han faltado en Inglaterra grandes propietarios que se presten a parcelar sus posesiones con objeto de que los colonos, formando asociaciones cooperativas, pudieran aspirar a la propiedad del suelo en un período de años determinado.

A este respecto merece citarse la experiencia que hizo mister Gardon en Assington Suffolk.

Los terrenos entregados a un grupo de cooperadores dieron mayores rendimientos que los que siguieron trabajando aisladamente los demás colonos.

Esta Cooperativa agrícola colocó muy alto su prestigio por la formalidad con que cumplía todas sus obligaciones y el orden admirable que presidía al desarrollo de las prácticas agrícolas y a la marcha de las operaciones mercantiles.

Los préstamos concedidos por el Tesoro con destino a determinadas mejoras y sin más interés que el 3,25 por 100 al año, amortizando capital e intereses en veintidós anualidades, fueron de resultados tan satisfactorios, que se hizo preciso ampliar el radio de acción de dicha ley.

Los hacendados más ricos secundaron la iniciativa oficial, facilitando sumas de consideración a los colonos, con objeto de que éstos formaran Cooperativas y no escatimasen en los cultivos innovaciones ni gastos que pudiesen aumentar los rendimientos.

II

Los Bancos de Escocia han precedido a las instituciones de crédito alemanas en el feliz acuerdo de llevar a la práctica iniciativas tan útiles a los agricultores como a los industriales. Dichos establecimientos atienden a todos los intereses y conveniencias sociales, pues favorecen el ahorro, hacen préstamos, practican operaciones de giro, operan en seguros y tienen como cosa propia y característica la *cuenta corriente al descubierto*.

Las Cajas Raiffeisen copian de los Bancos escoceses la información previa para conocer la solvencia y honorabilidad de los deudores, y la vigilancia constante de éstos para poder en todo momento obligarles a reintegrar el importe de los créditos.

Está fuera de toda duda que Schuller tomó para sus Bancos populares el patrón de los escoceses, con algunas modificaciones. El primero de los Bancos escoceses se fundó en Edimburgo el año 1695, y se le concedió por veinte años el privilegio exclusivo de la emisión de billetes. El Acta de 1715 autorizó la creación de Bancos que podían emitir billetes al portador, y en 1845 se publicaron nuevas disposiciones para precisar el máximo de dichas concesiones.

Había once Bancos y ochocientos cincuenta sucursales.

Los campesinos tienen absoluta confianza en estos institutos, y cuando sus economías llegan a diez libras esterlinas, en el acto las entregan para que se les abra cuenta corriente.

La *Carta magna de los agricultores de Escocia* es una ley de 1449 que daba a los colonos garantías de permanencia en sus predios por el tiempo fijado en el contrato de arriendo, aun cuando las tierras cambiasen de dueño.

III

En el último tercio del siglo XIX cooperadores entusiastas y experimentados iniciaron en Irlanda una campaña que ha resultado fecunda en venturas morales y en provechos económicos. A los Bancos populares se les dificultó al principio de su fundación la marcha ordinaria, no permitiendo que los extraños a la institución llevaran a ellos sus ahorros; pero mister Wolff hizo una campaña muy viva y razonada que ganó las simpatías de la opinión pública y facilitó el terreno para que en 1898 se publicara un decreto autorizando dichos depósitos.

En 1898 se reconoció en el Congreso Cooperativo de Bretaña que existían en Irlanda más Asociaciones agrícolas que en el resto del Reino Unido, y como desde aquella fecha hasta hoy el desarrollo del movimiento cooperativo ha sido grande en las *Islas Grises*, la diferencia resulta mucho más notable.

En 1902 las Cooperativas agrícolas de todas clases sumaban 630, siendo de éstas 112 Cajas rurales, y 80 Bancos populares. El mayor contingente de la cooperación rural le dan las lecherías, que exceden ya de 200.

No conocemos las estadísticas de estos últimos años; pero por el arraigo que todas las formas de la cooperación habían adquirido en Irlanda puede asegurarse que lo mismo las Cajas rurales que los Bancos populares han aumentado su número de año en año, siendo hoy estas Cooperativas de crédito las que dan mayor impulso al fomento de la riqueza agrícola e industrial.

RIVAS MORENO.

COBARDIAS...

Indignos son de ser contestados los monstruosos e infamatorios renglones que *España Nueva*, contradiciendo a otros del pasado agosto, publica en su número del 1.º del corriente, el que deja que un hombre, F. C. Paronas, lance a la publicidad las más espantosas calumnias y bajas villanías, incitando al desorden y al atentado personal; pero es el deseo de todos; que los hombres de buen pensar y los que a la justicia rigen se den cuenta y hagan cumplir las leyes contra quien no solamente no respetándolas pregonan el desorden social y la anarquía en una raza (como es la española) que se revuelve y repugna contra todo lo que a desorden tiende.

¿Quién, conservando los sentimientos humanos, la conciencia recta y afecto a lo bueno y lo verdadero, no se siente indignado contra quien, escribiendo desvariados renglones, encamina a las familias a la más espantosa, cruel e inhumana desolación, abriéndoles las puertas de las cárceles o la tierra de la fosa?

¿Quién que haya leído la carta abierta de *España Nueva* del próximo pasado agosto, titulada "Al Gobernador civil de la provincia de Madrid", en la que se trata al excelentísimo señor Gobernador de Madrid del más honrado y cumplido caballero, de patricio salvador de la España obrera, casi de un nuevo redentor de la humanidad, y lea el suelto del día 1.º del actual, no se muestra ofendido en su fuero hidalgo y noble de español, al ver que en la España de los hombres sanos y verídicos se permiten periódicos que sólo viven para desprestigiar y que ellos son los merecidamente desprestigiados al no saber sostener dos días seguidos la misma cosa?

Y ¿quién, por último, de los que conociendo el régimen interior de la Fábrica de Lámparas de Filamento Metálico, S. A., de Madrid, no le inspiran repugnancia los desconcertados renglones que la *España Nueva* publica del apóstol sindicalista de los mordiscos y los palos, que solapadamente y con el estómago lleno incita a las mujeres, que la mayoría, por esa coacción y cobardes amenazas, pertenecen a un Sindicato, a que el hambre las devore en una huelga injusta, maquinada sin su conocimiento ni deseos, por unos cuantos que de ellas viven y que pretenden revolucionar a nuestra bendita España para que en esa lucha fratri-

cida, que nosotros condenamos, puedan ellos esconderse y sobreponer después sus desbordadas ambiciones sobre las ruinas de los que ellos mismos llamaron compañeros y hermanos?

En la Fábrica de Lámparas mencionada había un crecido número de católicos, que sólo por serlo eran objeto de los mayores y rastroso insultos y hasta atentado personal por parte de los asociados al Sindicato único, y como era, y es lógico y natural, necesitaban de algo que les amparase y reivindicase sus derechos, y tuvo por fuerza natural y lógica que formarse un Sindicato Católico que, basado en los puros ideales de Cristo, viniese a redimir a todos los que por más tiempo no podían resistir insultos y amenazas por el mero hecho de pensar en *ORDEN*. Hubo un error: creyeron que por formar nuestro Sindicato, las de lo Imposible serían despedidas, como si esta nueva organización tuviera en sus manos las llaves o la dirección de la Fábrica, y mucho menos siendo su base el catolicismo, sostén de las familias, de la fraternidad y de la propiedad, dones divinos que los que se nombran contrarios, no queriendo conocer por oponerse a sus egoísmos nunca saciados, no saben cumplir ni la caballerosidad de respetarlos...

Ellas, solas, inmotivadas... tal vez porque dejaran sin pan a las que algunas veces se han atrevido a llamar hermanas, no teniendo en cuenta que la fraternidad fuera del catolicismo, que es amor y une los corazones y el sustento no tiene fuerza, pero que inducidas por esa turba de terroristas que infamemente las amenazan, abandonaron el trabajo, sin observar que, faltando a una ley, se despedían, y que en sus hogares habría de faltarles el pan a sus hijos si ellas no lo llevaban, y que seguramente esos que las han forzado a dejar la Fábrica, y que siembran odio en sus corazones y ponen puñales en sus manos, no han de socorrerlas con un pedazo de pan, aun de sus propias cuotas, que de derecho les pertenecen.

Estos son los hechos reales de lo ocurrido en la fábrica *La Alemana*, y puestos a prueba en cualquier momento, narrados por un obrero que no rehuyendo a la ley natural, digna y necesaria del trabajo, se gana el pan honradamente y piensa en católico y por ello, como asimismo todos los que así piensan y trabajan, no podemos consentir que hombres nacidos exclusivamente para hacer mal, que atropellan leyes y asaltan derechos con las más bajas calumnias y vilipendios, incitando al más espantoso crimen fratricida, quede impune...

Y a vosotros, compañeros y compañeras, que seguís noblemente la causa y los ideales más sublimes de la humanidad, que nos regeneran y hacen buenos con sus sanas doctrinas, únicas verdaderas, y que por oponerse al crimen, a la barbarie, libertinaje y bastardas ambiciones de los que se llaman enemigos nuestros, pretenden pisotearlos, aniquilarlos, si posible les fuera, convulsos en unas doctrinas satánicas, y que ellos llaman redentoras del obrero, pero que tienen el solo fin de destruir los santos principios de la familia, propiedad y trabajo, desmoralizando y destruyendo naciones como Rusia, donde los hombres han perdido todo lo que de humano tenían, trabajan doce y diez y seis horas, ellos, que querían extirpar el *yugo del trabajo*, y tienen que alimentarse hasta con carnes putrefactas de inmundos animales, y se ve en la más espantosa de las calamidades que ha registrado la historia de nación alguna.

No, y mil veces. No debemos consentir que nuestra noble y querida patria España, vivero de santos, cuna de sabios y mártires y templo de los más valerosos hidalgos, caballeros y aguerridos militares que los mundos y los siglos vieron, no aniquilada sino que ni ofendida por quienes, no queriendo o no sabiendo construir procuran solamente derrumbar.

¡Valor, compañeros y compañeras! No temáis amenazas vanas de los que, no teniendo capacidad para discurrir y encauzar las cosas por la razón, recurren a la bajeza de los insultos o a las cobardes amenazas. Dios nos ayuda y triunfaremos; nuestro Sindicato será modelo y os amparará siempre, moral y materialmente.

¡Viva Cristo! ¡Viva el Sindicato Católico *La Luz Blanca*!

MARIANO MARTÍN GIL,
Secretario.

Mesa revuelta

Lugar de la escena:

La secretaría del Sindicato de Tipógrafos. El secretario tiene diseminados por la mesa de trabajo un sinnúmero de papeles que está poniendo en orden.

A la puerta de la estancia aparece la simpática figura del Consiliario del Centro Obrero Católico don Angel Lázaro, el cual exclama con el gracejo que le es habitual:

—¡La mesa revuelta!

Y yo, por si es alusión, le digo:

—Ya vendrá, don Angel, ya vendrá.

Y cuando el secretario concluye de arreglar sus papeles, yo hago propósito de volver a publicar lo antes posible mi "Mesa revuelta", siquiera para que no se achaque a indolencia; por más que muchos compañeros conocen la causa de haber yo interrumpido mi comunicación con los queridos lectores.

Y aquí tenéis a *Pacífico* enarbolando la pluma, dispuesto a seguir defendiendo la baja de los precios de los artículos de primera necesidad y el alza de la sindicación en católico, ahora que se han unido socialistas y sindicalistas para hacer un copo en toda regla de la actual sociedad e implantar en seguida en España el bolchevismo, o sea la tiranía del proletariado.

Y basta de exordio.

No podía por menos el jefe sindicalista Pestaña, una vez en Madrid con motivo del pacto verificado ha pocos días entre los primates de los rojos, que ir a hacer una visita a don Julio Amado, gobernador que fué de Barcelona, sin duda agradecido al buen trato que recibieron los sindicalistas del director de *La Correspondencia Militar*.

Y allá se fué Pestaña, el cual no sólo visitó la redacción del diario susodicho sino también los talleres, dejando como recuerdo cinco pesetas a los operarios para que tomaran café.

Esto no tiene nada de particular; pero la malicia de las gentes saca la consecuencia de que debe estar Pestaña en muy buenas relaciones con el ex gobernador de Barcelona, cuando no quiso marcharse de Madrid sin estrechar entre sus brazos a don Julio; y arguyen que debía ser cierto lo que se decía en la época en que gobernó la Ciudad Condal el señor Amado: que todas las complacencias eran para los que tenían metidos en un puño a los barceloneses, campando por sus respetos y asestando de paso a quien no secundaba sus planes terroríficos.

Y yo creo que no falta la lógica a los que así argumentan.

Todo esto de las componendas ya lo desmintió don Julio en la conferencia que dió a raíz de su dimisión de Poncio de Barcelona.

Pero como una cosa es predicar y otra dar trigo, y las palabras se las lleva el viento, vayan ustedes a saber lo que hay de cierto.

Y lo que hay de cierto es que lo que no se lleva el viento es otra cosa que se guarda como oro en paño, aunque no sea precisamente oro, pero que vale tanto como el precioso metal amarillo.

Y como la ocasión la pintan calva y hay que agarrarla por un cabello...

Corolario:

Al señor Maestre le asesinaron en Valencia.

A don Julio se le visita muy afectuosamente, aunque sea muy militarista y cobre por Guerra.

Y quien quiera pensar un poco que saque la consecuencia, que yo voy a pasar a otro asunto.

¡Aceite!

Tanto al señor Conde de Limpías, alcalde de Madrid, como al señor Marqués de Grijalba, gobernador de esta coronada villa, les ha salido esta cuestión del aceite un poquito desigual, al uno por carta de menos y al otro por carta de más.

El Alcalde abrió veinte despachos reguladores, y se quedó tan fresco.

Criticó el Gobernador que el señor Conde se le hubiera adelantado en la venta del aceite de tasa, diciendo, con muchísima razón, que eso de poner veinte despachos nada más para todo Madrid era como echar una gota de agua en el mar; que él pondría muchos despachos en las tiendas de comestibles, y repartió el aceite como pan bendito entre todos los *vivales* que se lo pidieron; y unos argumentando que lo poco que les habían mandado ya lo habían vendido, y otros quedándose con todo, sin ha-

ber expendido ni siquiera un litro al precio de tasa, al vecindario no llegó más que una pequeña porción. Tan es así, que ha habido que multar y encarcelar a varios comerciantes de los muchos que se sabe que se han quedado con el santo y la limosna; pero que no se les ha podido probar.

Individuo ha habido que al preguntarle que por qué no había vendido el aceite recibido, ha contestado que lo pidió en la creencia de que era para su consumo particular. Y este tal tiene una casa de comidas.

En cuanto al aceite que se vende por cuenta del Ayuntamiento, primero no se podía adquirir por la aglomeración y los escándalos, y después porque dan unos números a los que se pasan la noche esperando, y no despachan más que tantos litros como números repartidos, los que les parecen.

Y resulta que no vale de nada el tener los bonos sacados en las Tenencias de alcaldía.

Las horas de despacho son de ocho a una para mayor facilidad, y a pesar de ser pocas horas las que se despacha el aceite, todavía les sobra tiempo a los dependientes para estarle mano sobre mano...; por eso, porque no despachan más que a los que adquirieron el número en la noche anterior.

Dicen que pondrán más despachos, pero no los ponen; y eso que el Ayuntamiento se ha metido en el bolsillo veinte mil pesetas, limpias de polvo y paja.

De manera que creo tengo sobrados motivos para decir que tanto al Gobernador como al Alcalde les ha salido la cosa un poquito desigual.

Porque el aceite del Gobernador se esfumó entre las manos de cuatro desaprensivos, y el del Alcalde resulta imposible adquirirlo.

Y no atestiguo con muertos.

Los Sindicatos libres de Barcelona han publicado un manifiesto, en el que se lamentan del sentido revolucionario y brutal que informa los actos de los sindicalistas, actos que justifican las medidas de la burguesía, y que hace de los anarquistas los más preciosos auxiliares de la reacción que en el instinto de defensa de la sociedad despiertan sus repugnantes crímenes. Y argumentan así:

"Nuestras cuotas servían para mantener una organización revolucionaria que tendía, apoyada por la Banca judía y alemana y por las conveniencias de los maquiavelos de la política, a destruir todas las fuentes de riqueza de la Patria. Servían para montar escuelas modernas sin Dios y sin ley, a las cuales no hubiese tardado quizás nos viésemos obligados a llevar a nuestros hijos, so pena de ser sentenciados a muerte. Servían para que un hato de vividores se emanciparan sin peligro antes de tiempo, mientras los que creíamos cumplir mejor con la misión de capacitación que se impone al proletariado para su dignificación definitiva, trabajábamos entre el rencor y las chulerías sindicalistas, aplastadas, escarnecidas nuestras convicciones de toda la vida, tan sagradas y dignas de respeto como las de aquellos que claman estas prerrogativas para las suyas y las niegan para las de los demás."

Todo el documento es muy interesante, porque demuestra la tiranía de los partidarios del Sindicato único, que no respeta más ley que la del embudo.

Terminan su escrito los adheridos al Sindicato Libre Regional de Barcelona exigiendo de sus enemigos respeto y "vía libre", y de los amigos la adhesión y ayuda para los momentos de la titánica lucha que se avecina.

Las colas siguen a la orden del día.

Cola para el aceite, cola para el tabaco y cola para las cédulas personales.

Ya nos hemos acostumbrado a marchar a la cola, y tan ricamente.

Nos lo mereceremos.

PACIFICO

Sindicato Católico
DE
Canteros y Similares

Se hacen toda clase de trabajos de Arquitectura en piedra y mármol para cualesquiera obras y cementerios.

Los avisos diríjanse al Centro Obrero Católico. Magdalena 25 Teléfono 23-04.

CAFÉS PUERTO RICO, CARRACOLILLO Y MOKA

Elaboración de chocolates a brazo.

TÉS de todas clases

Plaza de Santa Ana, 12

Vinos finos de mesa

DE

J. Martínez Fraile

La Almunia (Zaragoza)

Especialidad en vinos para consagrar.

BAILÉN, NÚM. 36 MADRID